

INTRODUCCIÓN



Figura 1. Maribel y Rocío

...Esa canción dice que por qué nacimos tan pobres cuando éramos pequeños,
por qué no buscamos otro pueblo, a lo mejor ahí podemos conseguir dinero.

Así como lloramos que estamos en nuestro pueblo,
así lloramos cuando estamos en otro pueblo.

(Serafín, 18 años)

Meterse en su propio texto puede resultar tan difícil para los etnógrafos
como meterse en el interior de una cultura
Clifford Geertz (1989:27)

Cuando finalmente me armé de valor y decidí poner fin al trabajo de campo, más por cuestiones de tiempo que por convicción, la situación se mostraba compleja. Ante mí, detrás y, en mí, tenía diez meses de hermosas e intensas vivencias al lado de los niños mixtecos. Por primera vez en mi experiencia como antropóloga, y como ser humano, se me había permitido penetrar al hogar y al corazón de una familia a la que yo no pertenecía y con la cual había creado estrechos lazos que en varias ocasiones hicieron que me cuestionara (no sin cierto espanto) si aquello que había estado haciendo podía llamarse un trabajo antropológico o no. Una vez tras otra, la respuesta a esta pregunta vino acompañada de la presencia y la sonrisa de alguno de los niños: eso que estás haciendo es simplemente tu vida y si la antropología no puede ser vivida, entonces no tendrá ningún sentido seguir haciendo antropología.

Pero luego se presentaba otra cuestión todavía más difícil: ¿cómo relatar, cómo escribir todo lo vivido, todo lo que me había sido dado? Por supuesto era imposible contar todas y cada una de las lecciones y experiencias de hermoso aprendizaje junto a los niños, sobre todo porque quizá eran demasiado subjetivas como para interesar a nadie más que a mí. La respuesta, otra vez, vino de los propios niños: “déjame que te explique, maestra”, ellos me decían cada vez que yo parecía no estar entendiendo una idea o una situación. Decidí entonces que fueran ellos quienes habrían de decirlo todo. Y yo, esperando expresar el agradecimiento que les debo por haberme hecho testigo y partícipe de su belleza y de sus vidas, quisiera ampliar con alguna información, unir y editar en un solo relato sus inteligentes y valiosas palabras, con el objetivo de transmitir un mensaje compuesto por mi propio aprendizaje y por lo que considero un fascinante testimonio de las vidas, los sentimientos y la invaluable sabiduría de los niños mixtecos migrantes que viven en Oacalco.

La “maestra” y los niños

Mi trabajo con los niños (aclarando desde ahora que con este término, a todo lo largo del texto, me referiré tanto a niños como a niñas) migrantes mixtecos comenzó en febrero del 2005 cuando, para cumplir con el

trabajo de campo para la materia de Proyectos Especiales, tuve la oportunidad de participar en el proyecto de *Formación y Fomento Intercultural* en la escuela primaria federal “Emiliano Zapata” en la comunidad de Oacalco, en el estado de Morelos.

Dicho proyecto, coordinado por la Lic. Norma Zamarrón de León, investigadora de la *Unidad de Culturas Populares e Indígenas* de Morelos, inició hace ya un par de años con la creación del “Coro Intercultural Emiliano Zapata”, que agrupa a los niños mixtecos y mestizos de la Escuela Primaria Emiliano Zapata. La invitación que Norma me hizo a colaborar con el proyecto, que por ahora se lleva a cabo en las instalaciones de la escuela antes mencionada, tenía como objetivo que yo apoyara en la investigación teórica sobre educación e interculturalidad y en el trabajo de campo en las aulas con los niños, maestros y psicólogos de la escuela.

Esta primaria tiene alrededor de 250 alumnos, de los cuales entre 40 y 50 son niños y niñas mixtecos procedentes de la región de la Montaña de Guerrero (para la generación escolar 2004-2005 y 2005-2006), que representan a un total de 20 familias mixtecas, aproximadamente. La migración de los mixtecos de Guerrero a la comunidad morelense de Oacalco comenzó a hacerse frecuente hace siete u ocho años, según testimonios de gente de la comunidad y del director de la escuela Emiliano Zapata, el profesor Antelmo Trejo Castillo. Fue entonces cuando esta primaria comenzó a aceptar a los niños mixtecos en sus aulas siendo, hasta hace apenas cinco años, la primera y la única escuela que lo hacía. Al parecer los motivos por los cuales las otras escuelas no quisieron recibir a los niños mixtecos eran porque como institución simplemente no sabían cómo tratar con niños indígenas monolingües.

Salvo algunas excepciones, todos los niños mixtecos llegaban (y siguen llegando) a Oacalco hablando sólo su lengua materna: el mixteco, y con serias deficiencias escolares. Los maestros sencillamente no estaban preparados para ello porque el sistema escolar no les permite estarlo. Al mismo tiempo los niños mixtecos eran todavía muy pocos como para que el personal de las escuelas se planteara una solución institucional.

Con el paso del tiempo la migración mixteca a Oacalco fue creciendo y en pocos años el número de niños mixtecos se incrementó y la demanda de educación básica creció hasta volverse un imperativo. Actualmente, cada año ingresan a la primaria Emiliano Zapata un promedio de 15 niños mixtecos, de los cuales sólo 10 u 11 acaban la primaria. Muchos de los que interrumpen su educación primaria lo hacen porque migran a los Estados Unidos con sus papás.

Hay familias mixtecas que llevan viviendo en Oacalco hasta diez o doce años y la mayoría de sus hijos han nacido ya allí. En el transcurso de ese tiempo varios familiares se les han unido, lo que ha dado como resultado el traslado de familias extensas completas. Las familias mixtecas establecidas en Oacalco subsisten sembrando sus propios cultivos de fresa y participando como jornaleros en la cosecha del elote, el pepino, el jitomate o en el corte de la gladiola, pero aún así muchos de sus miembros se ven forzados a migrar de nuevo, esta vez a los Estados Unidos, principalmente a Alabama, Tennessee y Mississippi y en ocasiones a Virginia.

Al principio migraban sólo los hombres adultos, pero cada vez con mayor frecuencia lo hacen las mujeres, los adolescentes y los niños. Todos ellos se van a los Estados Unidos buscando trabajo y un mejor sueldo, o en ocasiones una “mejor educación”. En suma, mejores condiciones de vida pues ni en sus pueblos natales ni en Oacalco ven ya la posibilidad de darle a su familia la vida material que desean.

Muchos de los niños mixtecos a los escasos ocho o nueve años de edad tienen ya experiencias impactantes que contar acerca de la migración, de la manera en que ésta ha transformado su vida, y lo hacen con una seguridad y una conciencia realmente sorprendentes.

Aunque muchas veces los adultos piensan que los niños son individuos que junto con su inmadurez física viven en una especie de “inmadurez intelectual” que los mantiene al margen de comprender tanto sus propias experiencias como los fenómenos sociales que suceden a su alrededor, en realidad sucede todo lo contrario. Aún si los niños están de cierto modo imposibilitados para valerse por sí mismos (esto podría discutirse si pensamos, por ejemplo, en el caso de los niños de la calle), ello no les impide entender, reflexionar y aprender y, mucho menos, poder sentir, expresar e influir en lo que sucede a su alrededor.

Cuando llegué a la primaria Emiliano Zapata para integrarme al proyecto antes mencionado me encontré con un panorama complejo y muy interesante: en los grados de primero y segundo (donde trabajé más intensamente los primeros meses), había algunos niños y niñas mixtecos que eran todavía casi completamente monolingües, muchos de ellos a pesar de haber nacido en Oacalco. En el resto de los grados había niños mixtecos que eran ya totalmente bilingües (por cierto tienen una capacidad increíble para ello), pero que presentaban severos problemas de atraso escolar. Desde mi punto de vista, esto se debe a que el sistema educativo federal no contempla en su programa la existencia de otras mentalidades y formas de pensamiento distintas a la occidental, y por lo tanto no cuenta con las herramientas conceptuales ni metodológicas que les permitan a los niños indígenas una efectiva incorporación a las escuelas.

Los niños mixtecos son originarios en su mayoría de Atzompa y Yuvinani, dos comunidades del municipio de Metlatonoc en el estado de Guerrero, y sólo un par de ellos vienen de San Rafael, en el mismo municipio. Casi todas las familias están relacionadas entre sí por algún tipo de parentesco, sanguíneo o por afinidad, o se conocen de cuando vivían en sus pueblos. Al poco tiempo de haber entrado en contacto con los niños pude darme cuenta que las familias mixtecas de Oacalco forman una comunidad que si bien no está completamente cohesionada, sí constituye una especie de enclave que contiene importantes redes sociales que resultan ser muy efectivas para la migración (interna e internacional), la circulación de información, la reproducción de la identidad de grupo y del imaginario colectivo, o para la organización del trabajo en el campo y con ello la reproducción económica de las familias.

Otra cosa que de inmediato llamó mi atención fue la interacción que dentro de la escuela había entre los niños mixtecos y los niños mestizos, originarios en su gran mayoría de Oacalco y las comunidades aledañas. En los primeros tres grados (1º, 2º y 3º), los niños mixtecos se relacionaban casi únicamente entre sí y hablaban muy poco con los demás, actitud todavía más marcada en las niñas. En primero y segundo año esto puede resultar normal, pues los niños todavía no han aprendido el español o aún no lo manejan con fluidez, empero hablaban poco incluso entre sí y cuando lo hacían, lo hacían en voz baja y como cuidándose de no ser escuchados por los demás. Esta situación se repetía, en mayor o menor medida, en el resto de los grados pero iba disminuyendo en los grados superiores (5º y 6º), pero aún en estos grupos se podía notar una relación especial entre los niños mixtecos, una cohesión que los unía y los diferenciaba de los niños no mixtecos.

Cuando conversé con los maestros sobre esto, ellos me relataron que los niños mixtecos y los niños mestizos han ido conociéndose e integrándose a lo largo de varios años y generaciones, pero que al principio casi no se relacionaban entre sí. Aún más, cuando los niños mixtecos empezaron a llegar a la escuela fueron objeto de burla y discriminación por ser indígenas y no poder hablar el español. Los niños mestizos los llamaban despectivamente los *oaxaquitos* y se negaban a incluirlos en sus juegos.

Trabajando con los niños para el proyecto sobre interculturalidad muy pronto nos dimos cuenta de que nuestras actividades en las aulas no serían suficientes para llegar a conocer a fondo a los niños y obtener una visión más o menos completa de sus vidas, sus historias y sus experiencias. Lo que los dibujos narraban era simplemente demasiado interesante como para no profundizar en ello y enfocarnos solamente en cuestiones

de pedagogía e interacción escolar. Los niños mixtecos, sobre todo, parecían encontrar un placer especial en el hecho de dibujar y hablar sobre sus comunidades, sobre la vida, las cosas, la gente y los paisajes que las componen. No obstante, los niños mixtecos se sentían todavía demasiado inhibidos para hablar de estos temas frente a los niños mestizos.

Este hecho, sumado a que el tiempo disponible para trabajar en la escuela resultaba demasiado escaso para poder hacer avances sustanciosos, fue lo que me llevó a visitar las casas de los niños después de las clases y trabajar ahí con ellos. En pocos días pude darme cuenta a través de sus dibujos, sus relatos y la interacción con sus familias que el tema era mucho más amplio, complejo e interesante de lo que yo imaginaba, fue así como nació el proyecto de la tesis y un profundo lazo de amistad y cariño con los niños que la hicieron posible.

A ellos les debo diez meses de alegres y profundas risas, tardes llenas de juegos y de historias hermosas e interesantísimas, ilustradas y revividas por sus singulares palabras y sus estilos tan especiales de narrar las cosas. Fue a través del juego, del dibujo, de paseos por los campos que rodean sus casas y de acompañarlos en sus actividades cotidianas que pude llegar a conocer a los niños de una manera muy distinta, mucho más auténtica y más libre de lo que el ambiente escolar me hubiera permitido.

Quiero sin embargo decir, a modo de profundo agradecimiento a la primaria Emiliano Zapata y a sus maestros, que si los niños y sus familiares no me hubieran conocido de antemano a través de la escuela como “la maestra Valentina” (nombre por el cual todas las familias me identifican), me hubiera resultado casi imposible entablar contacto con ellos con tal prontitud y eficacia para luego establecer los lazos de confianza y amistad que me permitieron pasar largas horas a solas con los niños, salir con ellos en las tardes a caminar por los alrededores de sus casas en Oacalco, acompañarlos en las visitas a sus pueblos en la mixteca y, sobre todo, poder crear un pequeño archivo fotográfico que pretende documentar estas experiencias.

Aunque los niños estaban plenamente conscientes de que yo soy una adulta (incluso demasiado vieja a mis 24 años para no tener hijos, lo cual es motivo de gran sorpresa entre chicos y grandes), a veces parecían dudar y de una curiosa y hermosa manera me cuidaban, me protegían y se preocupaban por mí como si yo hubiera sido una niña y ellos mis hermanos mayores. Esto, junto con la naturalidad con la que siempre me hicieron partícipe de sus juegos es, sin duda, una de las experiencias más hermosas que guardo de los meses de trabajo de campo.

Para poder tener un entendimiento más completo de la realidad que viven los niños mixtecos y aproximarme un poco más al significado “profundo” de sus relatos, era necesario establecer contacto y conocer de cerca a sus familias. La tarea no fue nada difícil, pues aunque al principio los adultos se extrañaron de que la “maestra” viniera a trabajar hasta sus casas, la familiaridad que yo ya tenía con los niños de inmediato me abrió todas las puertas y muy pronto ellos también me aceptaron. Fue precisamente esta cercanía con cada una de las familias la que me permitió encontrar y entender cuál era mi lugar dentro de mi propia investigación y, por supuesto, en mi invaluable relación con los niños. Un vínculo que sobrepasa cualquier interés para transformarse en una amistad y un compromiso.

Los meses que pasé con las familias mixtecas estuvieron llenos de magníficas y conmovedoras demostraciones de la extrema conciencia y sensibilidad que los niños tienen hacia las personas y el mundo que los rodea, y que son las mismas que me proporcionaron el valioso entendimiento que inspiró este trabajo y dio sentido a mi investigación. La gran mayoría de estos momentos llegaron sin que yo los buscara y mi papel fue, simplemente, el de una “inductora”, una compañera y, por supuesto, el de una escucha. Una escucha tanto de las voces de los relatos y de las letras en sus textos, como de los trazos y los colores de sus dibujos.

Todos los momentos, las palabras y las imágenes que conforman los meses de trabajo de campo y amistad con los niños mixtecos constituyen sin duda alguna uno de los aprendizajes más valiosos que he adquirido en mi vida: el de aprender a mirar, a escuchar, a jugar, a comprender y a dejarse maravillado como si cada vez fuera siempre la primera vez, en todo y cada cosa: en el contacto humano, en los encuentros, en la amistad, en los recuerdos, en lo cotidiano de cada día, en la libertad, en la familia, en la naturaleza, pero sobre todo, en la gran sabiduría que uno posee cuando es niño. A todos aquellos niños que fueron mis maestros y son mis inolvidables amigos les debo mi más profundo agradecimiento. Les agradezco sobre todo, como cualquier antropólogo agradece a sus más preciados informantes, que hayan compartido conmigo sus vidas, sus ideas, sus sueños y sus juegos, tanto como sus miedos, su incertidumbre, las ausencias en sus vidas y sus dolores más profundos.